

LOS PUNTOS CIEGOS DE EMILIA
CRISTINA FEIJÓO

TUSQUETS
EDITORES

Es sábado. Toco el timbre y, como en mi visita anterior, la mucama abre la puerta, me hace pasar y me indica el sillón de chenille rojo en el que me siento, y aunque el abrigo de mi cuñada no está allí, su perfume a gardenias impregna el ambiente y me provoca una ligera náusea y una sensación de *déjà vu*. Hasta los ruidos de la casa me parecen los mismos: el depósito del baño, una puerta interior que se cierra despacio, el sonido del agua llenando un vaso; lo único que encuentro distinto es la lámpara esquinera, ahora apagada. Las cortinas de voile transparentan una claridad que se irradia cerca de la ventana. En el resto del ambiente hay una luz exigua que unifica y borra los contornos.

Santina aparece por la puerta del baño envuelta en una bata de satén borravino sobre el camisón bordó. Me abraza y me da unas palmaditas en la espalda y aunque no abrió todavía la boca, emana olor a dentífrico. No me pregunta cómo estoy: debe saltar a la vista.

Cinco días pasaron desde mi última visita. Cinco días. Todavía me duelen las ampollas de los pies. Gracias a Dios, Santina tenía curitas ese día.

Se la ve inquieta. La arruguita de la frente lo denuncia. A pesar de que Santina, en situaciones así, procede como un animal carnicero frente a su presa, la idea de

que yo pueda estar loca de remate la tiene con el alma en un hilo. Piensa, con razón, que dado lo sucedido esta misma mañana, yo debería estar arreglando los detalles del velorio, llamando a parientes y amigos, o en la Iglesia. Debería estar en cualquier lado que no fuera su casa porque ella, como la mayoría de los Galli, me detesta.

Se aclara la garganta y dice que lamenta mucho y si quiero un café. Sí, le digo, te acepto, y las dos nos sentamos, yo de vuelta al sillón de chenille rojo y ella en una silla que arrastra desde la mesa y que coloca frente a mí. Me acomodo en la punta del sillón, con la espalda erguida, las piernas juntas y las manos en las rodillas y antes de que ella se vea obligada a formular preguntas de cortesía le digo que vengo a verla por un asunto que afecta a toda la familia, y que empezó con la infidelidad de mi marido. ¿Otra vez con lo mismo?, dice Santina abriendo la boca y los ojos en un gesto de irreprimible sorpresa. Yo carraspeo y digo que sí, pero que ahora han sucedido otras cosas; cosas graves. Santina eleva los ojos al cielo, se vuelve y grita Mercedes, Mercedes, a la vez que se levanta moviendo con rapidez el cuerpo voluminoso y abre la puerta de la cocina, mete la cabeza y dice traete café, crema, azúcar, el anís y dos copitas. Vuelve resoplando, la papada agitada y los ojos duros bajo los restos de maquillaje de la noche. Se sienta y dice ¿sabe Octavio que estás acá? Muevo la cabeza, negando. Nadie sabe, digo. Resopla, se rasca una ceja y mira en dirección al teléfono. Leo su intención de llamar a Octavio y sé que no dispongo de más tiempo así que, de un tirón, digo Estanislao violó a la amante de Octavio y después la mató. ¿Qué Estanislao? pregunta Santina sabiendo, aunque la sorpresa no le permite aceptarlo, que estoy hablando de nuestro sobrino

Estanislao. La observo evaluar mi grado de locura. Lo hizo instigado por mí, agrego. Aun en esta luz difusa adivino los ínfimos movimientos de sus ojos que indagan velozmente hacia adentro, rebuscando en la memoria y atando cabos. Santina busca a Estanislao y me busca a mí; cruza nuestros recuerdos, analiza nuestros lugares en la familia, nuestras afinidades de descartados, y entiende. Sus labios son ahora una línea apretada.

La mucama entra con la bandeja y la pone sobre la mesa en medio de un silencio anómalo, pesado, que la impulsa a elevar la mirada y captar, en un segundo, el gesto de Santina de que deje las cosas y se marche. Entonces me inclino hacia delante y digo lo de Octavio no era una aventura pasajera, Santina. Se preparaba para irse al sur con su amante después de que los Galli le dieran su parte de la herencia. Iba a abandonar todo. No solo a mí y a su hijo: el puesto en el hospital, el consultorio, sus pacientes. Hubiera chantajeado a la familia para sacarles dinero, de ser necesario. ¿Con qué?, dice Santina, ¿Chantajearnos con qué?, y noto, por el tono repentinamente helado de su voz, que me pasé de la raya. Con nada que yo sepa, respondo. Es una hipótesis. Un hombre engeguedido hace cualquier cosa. Santina sirve café en una taza, y luego, despacio, sirve en la otra; evita mirarme. Y por eso la mandaste matar, dice Santina, apoyando la cafetera en la bandeja mientras saca un cigarrillo y manotea el Ronson que descansa junto al florero. Para que Octavio no nos chantajee. No la mandé matar. Quería que Estanislao le diera un susto, digo. ¿Y por qué Estanislao, Mili?, pregunta Santina con un tono de voz bajo, suave, casi sedoso, tan diferente de la voz de gallina que le nace de la indignación. ¿Por qué un Galli? ¿Por qué no un ne-

gro de la villa? Me encogí de hombros. No tengo esos contactos, digo y miro con nerviosismo las tazas humeantes de café y el cigarrillo, esperando que Santina me convide, pero no lo hace. El café pasa a segundo plano. Yo paso a segundo plano. Lo que le importa a Santina es sacarme hasta la más mínima información que comprometa a la familia y es menester que yo, ya lanzada a mentir, la convenza de que se hunde Estanislao y me hundo yo; me hundo yo y nos hundimos todos.

El café se enfría en las tazas. Ella deja el café enfriarse y un silencio ahora eléctrico inunda la sala. Pocas veces sentí, como ahora, que mi cuerpo se adelgazaba hasta desaparecer y dejar en su lugar la pura voluntad. Con esta misma intensidad sentí, otras veces, mi cuerpo como puro cuerpo, sin alma. Encontré una carta, digo. La mujer le escribió una carta a Octavio, estando en Gesell, con todos los detalles del plan. La quemé anoche después de lo que pasó porque no quería dejar pruebas. Busqué en la computadora de Octavio los correos entre ellos y los borré también, pero hoy mismo voy a destruir el disco rígido. No va a quedar ningún indicio. Te aseguro. Una cosa me preocupa y es que hay gente que sabe que Octavio y esta mujer se veían y cuando la policía empiece a investigar, va a aparecer el nombre de Octavio. Ellos se encontraban en la casa de una amiga, a la vuelta de donde ocurrió todo. Anoche Octavio estaba de guardia, especula Santina. Era una guardia de veinticuatro horas, así que él estuvo en el hospital hasta esta mañana. Vos lo sabés mejor que yo. A él no lo pueden incriminar. Trato de afinar mis pensamientos. Aspiro hondo y digo el problema es que Estanislao perdió la billetera en el forcejeo; tal vez estuvieran sus documentos adentro. Yo la vi cuando

abandoné el baldío y pasé frente a la casa; la billetera estaba junto al muro donde habían forcejeado pero fue como si no la viera; los nervios me impidieron interpretar qué era. Rectangular, sí, rectangular y de cuero, una billetera, claramente, pero no la relacioné con Estanislao. No me hubiera detenido por nada del mundo, Santina, y menos me hubiera inclinado a recoger algo; no. De ningún modo. Después, cuando me di cuenta de que podía ser la billetera de Estanislao, ya estaba en mi casa. No podía volver. Creo que la policía va a llegar a él, Santina. Hay que sacarlo del país. Si detienen a Estanislao se descubre todo, digo y luego inspiro hondo y la miro al fondo de los ojos, sin miedo, confiada, segura de estar ante una Galli que haría cualquier cosa para proteger a uno de los suyos. Fui convincente. Los hechos son convincentes. En el silencio que sigue, se escucha, afuera, avanzar y retroceder el cortapasto en el jardín y atrás la voz de dos hombres que bromean sobre fútbol. Hablan alto, alejándose uno del otro. De pronto tengo unas ganas locas de fumar. Mi cuerpo ha regresado. ¿Me das un cigarrillo, Santina?, digo, pero ella no me escucha. Está pálida, y su expresión monolítica me hace desviar la mirada que, errática, tropieza con la naturaleza muerta de la pared del fondo, donde una mosca revolotea como si las bananas del cuadro fueran reales. Santina mueve una nalga en la silla, estira las piernas y me mira con un desprecio que no se molesta en ocultar. Quiere saber todo: si hablé con Estanislao sobre la billetera, si Octavio sabe algo. Me pide direcciones, teléfonos, nombres, fechas y después me dice que me vaya y me ocupe de mis cosas. Andá y olvidate de esto, Mili. Dejámelo a mí. Si la billetera fuera de Estanislao, lo solucionamos de un modo o de otro. Los Galli

tenemos amigos. Pero que te quede claro: aunque para la mayoría de nosotros Estanislao es un bastardo metido con vaselina en la familia, aun así es un Galli, así que por él se hará lo que se pueda. Ahora, si no se puede hacer nada, el hilo se corta por lo más delgado, ¿entendés, Mili?, dice y realmente por un segundo intuyo que le gustaría que yo entendiera la lógica de ese mundo que no es el mío y que tanto quise defender.

En el taxi siento que los párpados se me cierran y mientras lucho contra el sueño vuelvo a recordar cómo empezó el derrumbe. Fue el fatídico mediodía del lunes, hace apenas cinco días, cuando la fisura apareció y dejó ver el andamiaje de la casa. El mármol resultó barro, y yo misma, lo que yo había visto, lo que había dejado de ver, lo que me oculté, lo que oculté a otros, lo que otros me ocultaron, lo que unos a otros nos habíamos mentido, fue saliendo a la superficie engañosamente cristalina de la vida, como si un monstruo, sí, como si Loch Ness hubiera emergido y hubiera quebrado el espejo calmo de nuestro mundo el día más luminoso, bajo un cielo brillante y límpido, cuando nada hacía sospechar la desgracia.